

EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
 Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas.
 Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas

LA REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Fonollá, 24 y 26.
 Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º—
 Madrid: Almagro, 8, entr. derecha
 -Alicante: S. Francisco 28, dupº

SUMARIO.

La soledad del hombre. — La ley de amor. — Ojo por ojo, y diente por diente (conclusion)*

LA SOLEDAD DEL HOMBRE.

I.

Al día siguiente fuimos á casa de Julia por la tarde, es decir, al oscurecer, en esa hora de los recuerdos y de las tristezas, y encontramos á Julia pálida y demudada y á su madre inquieta y pesarosa.

—¿Qué os pasa? les preguntamos al verlas tan turbadas.

—Nada mujer, nada; contestó la madre de Julia, que lo que dice mi amiga Lucila es una verdad; que mi hija ha leído muchas novelas: y su imaginacion es su tormento: y ella sufre, y yo tambien. La ves tan desfigurada con esa cara de difunta, porque Enrique que siempre viene al medio día al salir de la oficina, hoy no ha venido. Ya ves, que tiene esto de particular, cuando estos días está el pobre muchacho tan ocupado trás de los muebles, y trás de todo, y viviendo tan léjos como vivimos, estando tan distantes del centro, mira tú que gran cosa que no haya podido venir.

—Cuando venga, dijo Julia con acento irritado, yo le diré si ya principia á ensayar la vida de casado.

—Pues harás muy mal, le dijo su madre con severidad; porque has de saber que Enrique es muy bueno, es mejor de lo que parece. El se quiere dar cierto tonillo de calavera por parecer un hombre de mundo, y en el fondo es un ángel, quiere á su madre con delirio, le entrega cuanto gana, y el hombre que quiere á sus padres tiene andada la mitad del camino de la virtud. No principies á cometer imprudencias que muchas mujeres ellas mismas se labran su ruina. No comiences con exigencias: y prepárate para esperar días y días; porque desengáñate, la vida de la mujer es la soledad de su casa, y la vida del hombre es el tumulto del mundo, y el talento de la mujer consiste en saber ocupar las horas de su pesada existencia.

—Sí, sí; replicó Julia con febril impaciencia: yo bien he querido esta tarde bordar, y leer, y tocar el piano: y no he hecho nada mas, que asomarme á la ventana á ver si le veia venir. Yo os confieso que si viven así las mujeres que se casan, la vida será un infierno; y la pobre jóven ocultó su rostro entre las manos llorando amargamente.

Su madre la miraba con profunda pena diciéndola:

—Por Dios mujer, no seas así; mira que te vas á poner mala.

—Y no lo merece, porque es un ingrato; mientras yo me desespero, sabe Dios si él estará haciéndole el amor á su vecina Luisa que la tarde que yo estuve en su casa, ya reparé que se miraban mucho.

—¡Con qué ojos mirará esta muchacha! replicó su madre con cierta estrañeza; pues si Luisa puede ser tu abuela.

—Desengañese V., Julia mira con los ojos del amor.

—Entonces los ojos del amor serán telescopios cuando tanto alcanzan.

—¡Oh! sí; y de gran potencia. ¿No recuerda V. lo que decía Alberto Lista?

—¿Qué decía Amalia qué decía? preguntó Julia tratando de sonreírse.

—Escucha, yo te diré lo que dijo en un delicado epígrama:

—¿Por qué no tienes ojos, dulce niño,
Mas bello que los días mas hermosos?—

Responde Amor:—Los cielos

Me los dieron vivaces y graciosos,

Y á mis hijos los dí, que son los celos.

—Es verdad; exclamó Julia con entusiasmo. A mí me pasa con Enrique, no quisiera que nadie lo mirara mas que yo; nunca olvido tres versos que leí cuando niña. Era un romance que pintaba los celos de una Castellana y decía ella á su amado:

«¡Oh! sí, sí; yo tengo celos:

¡Hasta del aire que riza,

La pluma de tu sombrero!»

Julia quedó un momento en silencio como quien escucha algo, y de pronto se levantó y hechó á correr hácia la puerta del piso que abrió con violencia y se lanzó á la escalera. Su madre y nosotros la seguimos diciendo la primera:—¡Señor! ¡esta muchacha está loca! Julia no estaba loca, sino que se conoce que conoció los pasos de Enrique y salió á su encuentro. Este subía poco á poco, y su prometida con celosa vivacidad le dijo al verle:

—¿Ya te cuesta trabajo el subir á verme? Entra, entra, ¡qué tarde me has hecho pasar!.....

Enrique nada contestó, se dejó caer en el sofá sin quitarse el sombrero, y la madre de Julia se lo quitó diciéndole:—No te enfades, hijo mio, con las locuras de esta muchacha. ¿qué tienes? ¿estás malo? ¿á tí te sucede algo? Julia entre tanto lo miraba anhelante, y él nos miraba á las tres con tanta pena, se conocía que quería hablar y no podía. Julia corrió á darle agua diciéndole en tono suplicante:

—Habla Enrique, habla por Dios, ¿qué te pasa? Enrique bebió un poco de agua, cogió una mano de su prometida y otra de su madre, y haciendo un esfuerzo supremo; exclamó:—¡Qué desgracia!!...

Julia con esa viveza peculiar en la mujer joven y enamorada repitió como preguntándose á sí misma. ¿Una desgracia? ¿ha muerto tu madre? ¿quizás Lopez?

Al oír pronunciar este nombre: Enrique rompió á llorar como un niño: llanto bendito que le hizo un gran bien. Lloró á gritos, su pecho comprimido respiró libremente y al fin pudo decir:

—Sí Julia, mi padre ha muerto..... porque Lopez era un padre para mí.

Hay momentos en la vida que no pueden describirse. Nos quedamos las tres tan dolorosamente sorprendidas: adivinando que en aquella muerte habia algo violento y terrible: y el pensamiento de Enrique se conoce que trabajaba tanto que no osábamos preguntarle nada. Julia sobre todo se quedó aterrada, fijaba en su amado sus hermosos ojos, y con ellos le hacia mil y mil preguntas, al fin Enrique la miró diciéndola con triste acento:

—¡Parece un sueño! anoche á estas horas hablábamos de él, y hoy ya está en el depósito de los cadáveres del hospital.

—Pero cuéntanos Enrique, dijo Julia, cuéntanos que ha sucedido: ¡por Dios! ¡habla!

—Sí, yo deseo hablar, pero tengo un nudo en la garganta, dame más agua.

La madre de Julia le dió agua y Enrique comenzó su triste relato con voz apagada, la que se le fué reanimando con el calor de la conversacion.

—Anoche cuando salí de aquí ya sabéis que el infeliz Lopez me habia dicho que fuera á encontrarle en la fuente de Cibeles; me dirigí al Prado y antes entré

en casa del tapicero á ver si llevaba muy adelantados los sillones de nuestro saloncito. Allí hablando y mirando muebles me entretuve unos veinte minutos, y me hubiera estado no sé hasta cuando, si alguien del otro mundo no me hubiese dicho al oído ¡véte!

Recordé entonces á mi principal y sin explicarme ni pensar quien me habia dicho ¡véte!..... heché á correr sintiendo una angustia indefinible. Cuando iba por el Prado, no corria, volaba, y apesar de hacer frio yo sentia un calor sofocante. Al llegar delante de la fuente de Cibeles no encontré á nadie; miré por todos lados, y á la entrada de los jardines vi mucha gente reunida, me lancé al grupo, me abrí paso no sé como, y antes que los serenos pudieran rechazarme me arrojé en los brazos de Lopez que tendido en el suelo se quejaba débilmente.

Al calor de mi abrazo cesó de gemir, me miró..... ¡y cuánto me dijo en su mirada! pero el estertor de la muerte no le dejó hablar, y el esfuerzo que yo hice para levantarle la cabeza apresuró sin duda su último momento.

Yo no sé lo que me pasó, me parecia que estaba loco, que mi cerebro ardia. me daba horror de verme con las manos llenas de sangre, yo no acababa de compender que Lopez tenia dos profundas heridas en el pecho.

Luego supe que un guarda cruzando los jardines oyó un grito, que corrió presuroso y encontró á Lopez caido en tierra, y que este le dijo: yo, yo he sido, y apretaba en su mano un puñal. Cuando yo llegué habia transcurrido un cuarto de hora despues de la catástrofe. Acudió la justicia y le encontraron en el bolsillo del gaban tres cartas una con el sobre para su esposa, otra para un banquero de Marsella, y otra para el gobernador de Madrid, y un pedazo de papel en el cual habia escritas con lápiz estas palabras: «Enrique Osorio, ¡hijo mio! siento morir sin verte.—LOPEZ.»

—¿Traes ese papel? preguntó Julia.

—Sí, miradlo, y Enrique sacó un papel súcio y arrugado que las tres miramos con profundo sentimiento.

Enrique prosiguió su relato diciendo:—Yo no puedo explicar lo que sufrí, solo sé que el juez que acudió era muy amigo de mi principal, y á mí tambien me conoce mucho, y como si yo fuera hijo del difunto, todos me consolaban, y me hablaban y me preguntaban, y acababan de volverme loco.

Acompañamos el cadáver al hospital, y luego fuimos á casa de Lopez á enterar á su esposa que acababa de llegar del teatro.

—¡Pobre mujer! ¡cómo se quedaria! exclamó la madre de Julia.

—Creo que lo he sentido yo mas que ella, replicó Enrique con triste ironía. Lo que ella lamentaba era el escándalo; y cuando nos quedamos solos, me dijo:—Enrique, en V. confio; V. que está enterado de todos los negocios y las desgracias del pobre Lopez, arréglese como pueda; yo mañana mismo me quiero ir á París, porque estoy avergonzada, ¡qué escándalo!.....

—¿Y la carta de su marido la leyó? preguntó Julia.

—Sí, la abrió; ¡hizo un movimiento de impaciencia y la dejó sobre una mesa repitiendo: ¡qué campanada! ¡el escándalo es cosa cruel!

—Y dejastes allí la carta?

—Que la habia yo de dejar! la cogí inmediatamente y me la guardé. Si ella me pregunta cuando vuelva donde está, entonces se la daré, pero no creo que me pregunte.

—¿Y la traes contigo? preguntó Julia con vivo interés.

—Sí, aquí está; tome V., Amalia, léala V. en alta voz.

Al coger la carta del infeliz suicida parecia que agua helada caia sobre mi cabeza, decia así:

«Lola! ¡esposa mia! voy á morir; las leves de la sociedad me impulsan á ello; estoy arruinado. Con tu dote puedes vivir desahogadamente, si este se hubiera podido utilizar, me hubiese salvado de la ruina y de la muerte y hubiéramos podido vivir en una modesta medianía; pero yo comprendo perfectamente que tú, antes de

vivir en una posición humilde preferirás manchar tu nombre y el mío, y para librarte de la tentación, para salvarte del adulterio te dejo libre con mi muerte.

»Perdóname el tiempo que te he obligado á vivir junto á mí. A los pocos días de casados comprendí que no me amabas. Perdóname en gracia de lo mucho que he sufrido. ¡Te he querido tanto!....

»¡Si vieras que triste ha sido mi vida! ¡qué solo he vivido! dile á nuestros hijos que no lloren la muerte de su padre, que si quieren llorar por mí lloren por los años que estuve en la tierra: ¡cuán aislado he vivido!

»Si vieras que doloroso es entrar un hombre en su casa abrumado de disgustos: cambiar algunas palabras indiferentes con su mujer, retirarse á su despacho, devorar mas bien que leer los libros de caja, ver en ellos un abismo, contemplar un manojo de letras, que dicen ¡paga! y los guarismos de los libros te dicen ¡no puedes! y en aquel instante ver entrar á su esposa que le dice:—Mira, mañana es el baile en el Real, me marcho á dar prisa á la modista.

»¡Cuántas veces me ha pasado esto contigo, Lola! ¡Cuánto he sufrido en mi soledad! ¿Por qué no me has comprendido? ¡Ay! por qué no me has amado!..

»¡Lola! ¡solo una gracia te pido! educa bien á nuestras hijas, siento irme por ellas; á tí no te hago falta, pero á esas pobres inocentes sí.

»Créeme Lola, la vida de la mujer no es correr de fiesta en fiesta, y de baile en baile. No, no; la misión de la mujer es amar á su marido, es tomar parte en sus penas y en sus alegrías, es identificarse con él, es leer en sus ojos lo que pasa en su corazón.

»La prisión celular dicen que suele enloquecer á los confinados, por esto junto á tí he sentido la locura del dolor.

»A tu lado he vivido tan solo, que entre los muertos creo que estaré mas acompañado.

»¡Adios Lola! que Dios nos perdone á los dos!—CÁRLOS LOPEZ.»

Al concluir la lectura de esta triste carta todos lloramos por el pobre suicida, y Julia dijo:

—¡Ay! Enrique, cuánta razón tenías ayer al decir que no querías que me pareciera á Lola, ¡que mártir ha vivido Lopez!

—Ya lo ves, dijo Enrique con amargura; ya ves las consecuencias que trae á la familia, y á la sociedad, una mujer egoísta que se casa *por casarse*, por tener un administrador de sus bienes. Lopez ha vivido muriendo, sus hijas quedan solas en el mundo, el espíritu de él, según dice Amalia, sabe Dios el tiempo que estará sufriendo sintiendo la agonía de su muerte; hasta á nosotros nos ha perjudicado esa fatal mujer, porque yo he perdido mi padre, para todos sus dependientes él era la providencia, muchísimas familias quedan huérfanas, era tan bueno y tan desgraciado! ¡que contrasentido!

V. Amalia que venia á escuchar la historia de la de Peña para escribir sobre la soledad de la mujer: escriba V. algo sobre la soledad del hombre que también hay hombres casados que viven mas solos que un anacoreta sino que como no toman una determinación desesperada como el pobre Lopez, por eso no se sabe, no tenga V. pasión de sexo.

—No, Enrique, yo no la tengo, tanto que nuestra conversación será el asunto de mi primer artículo sobre la soledad del hombre.

—Así me gusta, Amalia, así me gusta, que sea V. imparcial. Mañana ó pasado que estaré mas tranquilo le contare la historia de la de Peña. ¡Qué mundo tan triste! ¡Dios mío!....

—¡Ay! Enrique, nunca las penitenciarias fueron mansiones de delicias.

—Es verdad; y aquí todos hacemos trabajos forzados.

—¡, Enrique, sí; por esto, amigos queridos, os aconsejo que os améis mucho, porque solo el amor puede haceros entrever la felicidad. ¡Un matrimonio feliz es una sonrisa de Dios!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Pasa al 824

LA LEY DE AMOR.

El amor reasume toda la enseñanza de Jesús, porque es el sentimiento por excelencia, es el hábito Divino del cual Dios formó en el corazón de todo ser un precioso manantial, pero la humanidad, egoísta por naturaleza, ha falseado esta Divina ley; y de un amor divino y puro ha formado un amor egoísta, material y vicioso.

Unos aman el dinero, otros la ambición, éstos la belleza de la mujer, aquellos su familia y los otros su religión.

Todos desde el primero hasta el último, poseemos una chispa de ese fuego sagrado.

Todos amamos sin distinción de clases, porque todos somos hijos de Dios y á todos nos ha inculcado ese bello sentimiento; pero ¡ah! desgraciadamente no cumplimos con esta ley sacrosanta; amamos exclusivamente una cosa determinada, amamos aquello que nos place ó nos conviene, y después de esto, para nosotros ya no existe nada más; en una palabra, somos egoístas mal que nos pese, porque nuestro amor está limitado á un reducido círculo, y sin embargo quisiéramos que el Universo todo nos amase, no siendo este el modo de practicar tan divina ley.

Para observarla tal como Jesús nos la ha enseñado, preciso es que nos despojemos de todo vicio; y depurándose por grados nuestro corazón, adquiriremos más perfección y podremos amarnos todos indistintamente. La tarea será larga y difícil, pero se cumplirá: Dios lo quiere.

La ley de amor, es el primero y más importante precepto del Espiritismo; porque él es el que debe un día matar el egoísmo bajo cualquier forma que se presente.

La palabra amor bien analizada, es la principal base de la virtud; es el amor sin interés y sin ficción; es el germen divino que jamás podrá el hombre destruir su primitiva pureza; es buscar alrededor de sí el sentido íntimo de todos los dolores que abruman á nuestros hermanos, para llevarles un consuelo; es mirar á la gran familia humana como propia; ser leal con el amigo, solícito con el hijo, respetuoso con el padre, sumiso con el superior, y amable con los inferiores y desgraciados: todo esto es amor puro; es dar un paso más en el progreso para acercarse á Dios.

¡Oh! ¡Feliz aquel que elevándose sobre la humanidad quiere con infinito amor á los que sufren! ¡Feliz el que ama espiritualmente, porque este sin duda irá cubierto con el manto cendal de la pureza! ¡Feliz el que despreciando al lujo ama á la pobreza, porque no le fascinara el brillo deslumbrador de aquel; y feliz una y mil veces el que ama á sus enemigos, porque su corazón estará exento de vicios.

La ley de amor reemplaza la personalidad por la fusión de seres, y aniquila las miserias sociales.

El Espiritismo á su vez, viene á pronunciar la segunda palabra del alfabeto divino; estad atentos, porque esa palabra levanta la piedra de las tumbas vacías, y la encarnación, triunfando de la muerte, revela al hombre ofuscado su patrimonio intelectual; ya no le conduce á los suplicios, sino á la conquista de su ser elevado y transfigurado.

Jesús dijo: «amaos los unos á los otros; amad mucho para ser amados» y ¿qué hacemos nosotros para observar esta ley santa? Nos amamos á nosotros mismos en grado superlativo y somos tan mezquinos con nuestros semejantes, que nos duele amarles gratuitamente, y muchas veces decimos: Fulano no me ama, es un mal amigo, pues yo le desprecio y estamos iguales. ¡Oh crasa ignorancia, hasta donde llega tu ofuscación y hasta cuando nos estarás envolviendo con tu pernicioso manto! ¡Cuando llegará el día en que la humanidad despierta del inmenso sopor en que yace, y abriendo sus ojos á la luz de la razón, y alumbrada por su purísima aureola, camine con paso firme hácia el progreso, se eleve hasta el infinito, y practique la verdadera ley de amor!

¡Oh! Si Dios hiciera con nosotros lo propio que hacemos con nuestros semejantes, ¡qué desgraciados seríamos!

Nosotros le olvidamos á cada instante, pero Dios todo bondad y todo amor, derrama con tanta profusion este precioso bálsamo en nuestros corazones, que muchas veces caemos anonadados bajo el peso de tan inefable dicha; pero somos tan pequeños que la palabra amor que significa bondad, humildad, pureza y generosidad, la confundimos con el egoismo y el goce material, no sabemos amar de otro modo: son muy pocos los que saben amar de corazón, menos los que aman espiritualmente y casi ninguno posee el amor universal, ese bello sentimiento del alma, inculcado por Dios al hombre primitivo, predicho despues por Jesús al Universo todo, y repetido siempre por los grandes hombres que mas se han acercado á la perfeccion.

¡Amor!... Palabra mágica que fascina y enloquece de alegría; eco purísimo que resuena en nuestros oídos como la armonía mas dulce; bálsamo benéfico que cicatriza las heridas del alma; hálito divino que reanima nuestro ser; ambiente aromatizado de virtud; cáliz donde reside el precioso néctar de la felicidad; oasis de la vida donde el alma puede reposar; fuego sagrado cuyas chispas suaves no lastiman, ¡feliz el mortal que se arroja en tus llamas, y mucho mas feliz si puede llevar tras sí á la humanidad!

¡Ángel de amor divino; mensajero de esperanza; oye mi sentido acento; cobijanos en tus alas virginales, envuélvenos con tu saludable influencia y esparce en nuestros corazones la verdadera semilla del amor universal!

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona y Julio 29 de 1879.

OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE. (1)

VI.

»Nada la repliqué, pero en seguida que llegamos á casa, salí nuevamente y busqué á un célebre doctor amigo mio, con quien me dirijí á ver de nuevo á Clemencia, que seguia sumergida en un profundo letargo.

»Mi amigo la miró con tristeza y me dijo: esta noche dejará de existir.

»—¿Sin despertar de su sueño? le pregunté.

»—¡Oh! si quereis que se dispierte, despertará me contestó, y sacando de su bolsillo un pomito que contenia elixir, vertió en sus lábios algunas gotas y mandó salir á dos ancianas que velaban á la moribunda.

»Abrió Clemencia los ojos, y entonces mi amigo la hizo beber lo que quedaba de aquel cordial.

»Momentos despues un raudal de llanto bañó su rostro pálido, y reclinando su cabeza en mi hombro, me dijo con voz apenas perceptible:

»—Al fin has venido, ¡cuanto tiempo te he estado esperando! ¿por qué has tardado tanto?

»—Yo no sabia que contestar: el dolor y el remordimiento mas horrible, ponian un nudo en mi garganta, y solo pude murmurar: Perdóname; he sido un miserable.

»—Hace mucho tiempo que te perdoné, para que Dios y mis padres me perdonaran tambien.

»—¿Y qué ha sido de tí, Clemencia mia? ¿cómo has vivido?.....

»—Breve es mi historia; cuando te fuistes, á los tres meses un ángel vino á hacerme compañía; tres años vivió conmigo, y luego..... tendió sus alas y se fué al cielo, ¡pobre hija mia! se murió muy á tiempo.

»—¿Por qué?

»—Porque yo de tanto llorar me quedé ciega, mi dueña vino á buscarme á

(1) Véase el número anterior.

Cádiz, y me trajo á Madrid, donde la ciencia pudo mas que mi dolor, y volví á ver la luz del dia.

Habíamos agotado todos nuestros recursos de alhajas y de ropas y nos dedicamos á coser para poder vivir; pero mi anciana servidora murió en mis brazos, y este triste suceso me hizo perder las pocas fuerzas que tenia, y tuve que ir a pedir limosna para llevar pan á mis lábios; al fin caí enferma y estuve en el hospital muchos meses; despues..... me arrojaron de allí, porque se hizo crónica mi enfermedad, y últimamente encontré un alma buena que me dejó vivir aquí, y me he alegrado morir en la soledad, para que nada me distrajera y pudiera constantemente pensar en tí: ¿y tú, dime, que has hecho?

»La iba á contestar sin saber que decirla cuando mi amigo se puso un dedo en los labios y me indicó con su mirada, que mirara bien á Clemencia; ésta habia cerrado los ojos y de su pequeña boca destilaban algunas gotas de sangre que recogí en mi pañuelo

»De nuevo abrió los ojos, diciendo con acento apagado:

»—¡Gracias, Dios mio! al fin le he visto, muero feliz y cayó sobre la almohada para no levantarse mas.

»Mi amigo me quiso arrancar de la fúnebre estancia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; permanecí clavado ante aquel cadáver, sintiendo un remordimiento sin límites, y un amor inmenso y loco: desesperado, sin fé, sin creencias, sin consuelo alguno, acompañé hasta el cementerio á la sombra de mi vida, y despues febril, jadeante, sin conciencia de lo que hacia, huyendo de mí mismo, corrí....., corrí á la ventura, y me precipité en el canal, terminando violentamente mi abominable existencia.»

VII.

«Cuán equivocado está el hombre cuando cree que con el suicidio se acaba su tormento, y es al contrario, que se multiplica ciento por uno.

»Todo el tiempo que al hombre le restaba que estar en la tierra, cumpliendo su expiación, permanece en la erraticidad, sintiendo la violenta agonía de la muerte; yo por mí se decirte, que contemplaba el canal, veia su agua turbia, y flotando en ella mi cadáver, el que llegaba hasta la orilla, saltaba á tierra y se precipitaba de nuevo en la corriente, sintiendo en todo mi sér la inesplicable impresion, la angustia indefinible que habia experimentado al morir, y volvia nuevamente á subir y á caer.

»No sé cuanto tiempo estuve así; porque en el espacio no se conoce el límite de los años; pero cuando se cumplió el plazo de mi vida, se me apareció el espíritu de Clemencia que me dijo:

«¡Desgraciado! tu obsecacion nos separó en la tierra y por mucho tiempo nos separará en la eternidad: vas á encarnar de nuevo, elije prueba, y si la sufres con resignacion, recuperarás algo de lo que has perdido.»

»Desapareció la fulgente vision y yo pedí á Dios una existencia de martirio y humillacion, ya que tan orgulloso y tan infame habia sido en mi vida pasada.»

VIII.

«Volví á la tierra y escojí una familia rica: hija única, mis padres me adoraban y los perdí en edad temprana, quedando en poder de tutores que mermaron mi fortuna, gastando yo el resto á mi mayor edad con la libertad mas desenfrenada.

»Cual otra impúdica Mesalina, me lancé en la vida del vicio, y como en esa senda dado el primer paso se vá descendiendo hasta undirse en el abismo, yo dejé de ser mujer para convertirme en *cosa*, hasta que llegó un dia que agostada mi belleza, pobre y sola, miré en torno mio, y lloré amargamente, porque todos huian de mí como si tuviera lepra. Razon tenian, yo tenia lepra en el alma; tarde reconocí mis desaciertos.

»Tan escandalosa habia sido mi vida, tan pública mi humillacion, que no encontré taller donde trabajar, ni casa donde servir; la sociedad me rechazaba, el

hambre me hacia sentir sus terribles convulsiones y mi cuerpo cayó desplomado en tierra devorado por la enfermedad.

»Diez años fuí rodando por los hospitales, los cuatro últimos los pasé donde vis-tes mi cadáver.

»Clemencia me prestaba su amparo, porque sufrí con resignacion mis acerbos sufrimientos.

»Cuando dejé ese mundo, salió ella á mi encuentro y me dijo que habia andado á jornadas dobles el camino, y que en mi próxima encarnacion volveria á la tierra en mejores condiciones, porque habia sabido sufrir y reconocer mi culpa.

»Adios, Amalia; me parece mentira que he dejado mi andrajosa envoltura; la luz me rodea y siento en mí renacer algo grande, que jamás he sentido en ese triste y oscuro planeta.

»Te guardo gratitud por la compasion que te inspiré; tú eres el único recuerdo grato que tengo de ese mundo. Adios; sigue resignada con el peso de tu cruz hasta llegar al Calvario, y encontrarás despues de la muerte, lo que nunca podeis soñar ni entrever en ese destierro: luz, vida y verdad. Adios.»

IX.

Este resúmen de dos existencias se obtuvo en varias sesiones. Yo dejándole toda la verdad histórica, he cuidado únicamente de compendiarlo en lo posible por ser tan estrechos los límites de un periódico.

Este relato manifiesta, que no se derrama una lágrima que no tenga su razon de ser.

¡Cuán grande es el espiritismo! es la esencia de la razon.

¡Y que haya estado tantos millones de siglos oculto á nuestro entendimiento!

Verdaderamente los espíritus que encarnamos en la tierra, (esceptuando algunos génius superiores que vienen á cumplir una gran mision), en qué estado de atraso tan deplorable nos encontramos!

¡Qué pequeña! ¡qué mezquina, y que egoista es la humanidad! y que orgullosa al mismo tiempo: pero esto no debe estrañarse, porque no hay nada mas osado que la ignorancia, y la nuestra es ilimitada.

Dijo Chateaubriand, que la naturaleza decia una palabra en cada siglo: y en el nuestro la pronunció tambien.—¡ESPIRITISMO! la palabra mas trascendental que ha resonado en el Universo, repitiéndola el eco de mundo en mundo.

Palabra mágica que cambiará todo lo creado, ella llevará la civilizacion de polo á polo, de zona á zona; ella conquistará la tierra palmo á palmo, pero sin dejar tras de sí la sangrienta huella que dejaron Alejandro César y Napoleon.

Dice Pelletan, que si la fuerza es el alma de la materia, en pago la idea, es el alma de la fuerza.

Pues bien; esa será la soberana del orbe, *la idea*, crisálida de la razon por la cual el hombre conoce lo que vale, y el dia que la humanidad reconozca sus defectos, dejará de ser la tierra un planeta de espiacion.

Todas nuestras guerras civiles y religiosas, todas nuestras luchas íntimas de familia á familia, de individuo á individuo, no tiene mas causa ni mas origen, que la creencia errónea que abrigamos, que no nos dá la *suerte* todo el bien que merecemos.

El dia en que todos estén convencidos que no hay razas desheredadas, sino que cada cual se deshereda á sí mismo, reinará sobre la tierra la moral evangélica de Cristo: la humanidad formará una sola familia, y entónces no habrá escritores como Dumas (padre) que digan con fundada razon: «¡Hombres!..... ¡Hombres! raza de cocodrilos!.....»

¡Espiritistas de todas las naciones! roguemos al Omnipotente que la razon, la caridad y la ciencia, dominen en este mundo.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

SAN MARTIN DE PROVENSALS: Imp. de Juan Torrents y C.^a, Triunfo, 4.